

Félix Armando Núñez

Pequeña historia dolida

I

LA AZALEA EN LA VENTANA



UANDO miré la azalea
sus diez estrellas rosadas
la primavera decían
al cristal de mi ventana.

—Como siempre en tus promesas
tenía fe... y te esperaba—
Eran diez promesas lindas,
diez rosadas esperanzas.

Trascurrió la primavera
y tu venida aplazabas:
se marchitaron las flores
y caían: yo soñaba...

El arbolillo quedó
sin su risa una mañana:
y tú guardabas silencio
y mi alma se acongojaba...

Un día, con el nuevo año,
surgió la seda enrollada
de un capullo solitario
como una última esperanza . . .

Lo seguí mañana y tarde
con una ansiosa mirada,
y sentí como un milagro
la corola desplegada.

Dos luceros superpuestos
sus puntas allí alternaban,
y daban luz de arrebales
o mejillas sonrojadas

El árbol su gracia toda
en una flor concentraba:
como nunca, yo tenía
en ti puesta toda el alma.

—Que muy pronto llegarías—
me dijiste en breve carta . . .
Yo besaba con los ojos
la florcita solitaria . . .

Ella sola era más linda
que la planta constelada:
perfección de Paraíso
o de Dios la iluminaba.

Y de ella estaba suspenso
como de una seña mágica,
de una clave del Destino
o una inefable palabra...

Y la aurora adolescente
que hay en ti, la realzaba:
el fulgor y la tersura
de tus manos y tu cara.

Su belleza era tan viva
que me hería al contemplarla:
y su ternura, tan frágil
que se me trocaba en lágrima.

Nunca hubo flor más hermosa,
ni más dolida esperanza,
ni más delicada imagen
en lo profundo de un alma.

II

TARDE

Su cabellera naranja
la tarde pone a flotar
sobre el álamo, que agita
calofrío de cristal.

Hora de líquidos oros
y dorado meditar;
hora en que el valle solloza
con inefable ansiedad.

La tarde, seria, insinúa
sus cosas de eternidad,
y hacia lejanías puras
el alma se echa a volar...

Rosa y lila, la montaña
destaca en la inmensidad.
Mi corazón yerra solo.
Y tú, amor, ¿dónde estarás?

Sobrepuja a la montaña
la mole de mi pesar:
mi corazón es la esencia
de la tarde que se va.

III

LA ÚLTIMA AZALEA

En la soledad inmensa
del patiecito en penumbra,
la última flor de mi sueño
como una mirada alumbra.

Sé de quien es la mirada,
no me quiere y yo la quiero:
me engañó y ya no vendrá,
y todavía la espero.

Sangre del postrer celaje,
pequeña historia dolida,
tras ella se cierra oscuro
el otoño de mi vida.

Santiago, enero de 1946.